

UNA CENA DIFERENTE

(Jn 13,1-35)



E stábamos todos aquella tarde.
No faltaba ninguno.
Todos sentíamos que aquella cena era diferente de las otras.
Era la última... Una extraña sensación
recogía en el corazón gozo y tristeza, miedo y esperanza.
Jesús se encontraba como alguien que preparaba las últimas cosas
para un viaje sin retorno.
Pronto a dejar lo mejor de sí a los que siempre amó.

Un entrecruzarse de miradas... ¿Qué sucede?
Se levanta de la mesa, deja sus vestidos lentamente.
Se pone una toalla. Toma una palangana con agua.
Pero ¿qué hace? ¿Lavarnos los pies?
¡Es el máximo de la locura!
¡Ni siquiera a un esclavo se le puede pedir esto!
¡No! ¡No puede hacerlo! ¡Es demasiado!

¡Señor! Maestro ¿cómo puedes lavarnos los pies?
Tú ¿lavarnos los pies? ¿A nosotros?
¿A nosotros que somos prontos a negarte, a traicionarte,
a rechazar tu amor, a sofocar tu luz y tu verdad?
Jesús, ¿es la locura de tu amor la que te hace descender hasta nuestros pies?

Un Dios se hizo hombre, un hombre se hizo esclavo,
un esclavo nos lavó los pies y nos dio el bocado de la hospitalidad.
Lo que tú haces Jesús no lo comprendemos.
Nos diste el bocado de la comunión, el pan del amor
y nosotros hemos preferido venderte por pocas monedas.
Uno de nosotros, o quizás cada uno de nosotros, amado,
lavado y alimentado te traicionó.
Negó tu amor. Libre de rechazar eligió sí mismo, eligió la muerte.

Pero Tú Jesús nos conoces y quisiste poner sobre nosotros un sello
para defendernos de nosotros mismos: tu perdón.
Aquella tarde tu perdón nos lavó, tu perdón nos ofreció el pan,
tu perdón desafió a la traición, tu perdón nos dio la vida.
Amén.